

fulgura la inteligencia, resuena la sensibilidad exquisita de un alma que en hilos invisibles está pendiente de la mano del Todopoderoso : las del otro son representaciones del cuerpo, miembros perfectos que derraman de sus admirables declivios la belleza de la materia, pero no animados por el espíritu de vida. Ahora, pues, el vulgo, animal de mil cabezas, de cuya jurisdicción no se escapan sino los hombres altamente distinguidos; el vulgo queda satisfecho con lo que ve, lo que toca, y no alcanza espíritus para arrancarse de su órbita mezquina, y elevarse con el pensamiento á las regiones inmortales. El buen pintor hará una imitación perfecta de un cuadro célebre; perfecta en el colorido, la forma : el escritor tendría que romper por los dominios desconocidos y sagrados de su modelo, inquirir los secretos que le endiosan, revestirse de su genio, y con maña sin igual echar al mundo cosas tan cumplidas que así parezcan el espejo mismo en que se ha visto. Uno es el Fénix; empero si no hay dos, ¿no le fuera dable á un loco anhelar siquiera por ser el ave del Paraíso? Los jóvenes de la antigua Grecia acudían de todas las ciudades á contemplar el Partenon, á efecto de aprender el arte del divino Fidias, y en sus propias concepciones depositaban sus recuerdos : éstos no eran reputados insensatos ni perseguidos con rechiflas á causa de su atrevimiento. Los grandes ejemplares inspiran las grandes obras : si á fuerza de trabajo y voluntad saliese uno con su empeño, sería acción bastarda no concederle por lo menos el mérito de la constancia. El carro del sol difícil es de conducir; mas ruégoos consideréis que las Náyades del Po dedicaron un epitafio honroso al mancebo temerario que había acometido la empresa de manejar esas riendas sagradas. ¿Quién sería

el insolente, el fatuo que se considerara infeliz por no haber podido imitar, de acabada manera, á Cervantes verbigracia? El que no es para tanto, puede aun servir para otra cosa; y sin quedarse entre las ruinas de su fábrica, por poco juicio que tenga, saldrá ufano de haber tomado sobre sí una aventura gigantesca.

Llámanse modelo una obra maestra, porque está ahí para que la estudiemos : y copiemos : dicen que el templo de la Magdalena, en París, es imitación de uno de los monumentos más célebres de Atenas : ni por inferior á la muestra han demolido el edificio, ni por audaz han condenado á la picota al arquitecto. Proponerse imitar á Cervantes, ¡ qué osadía ! Osadía, puede ser; desvergüenza, no. Y aun ese mundo de osadía viene á resolverse en un mundo de admiración por la obra de ese ingenio, un mundo de amor por el hombre que fué tan desgraciado como virtuoso y grande. No presumo de haber salido con mi intento, miradlo bien, señores : lo razonable, lo probable es que haya dado salto en vago; mas no olvidéis que el autor del *Quijote* mismo invitó, en cierto modo, á continuar la obra que él dejaba inconclusa. Cuando esto vino á suceder, le dió, es verdad, *del asno y del atrevido* al que se hubo aprovechado de tamaña provocación; mas fué porque á la incapacidad añadió el atrevimiento, al atrevimiento la soberbia el temerario incógnito; y al paso que se vanagloriaba de haber dejado atrás al inventor, le hartaba de improprios, como por vía de más erudición é ingenio. Si lejos de ofenderle, maltratarle, humillarle ese perverso anónimo, guardara la compostura que debía en el ánimo y las palabras, el olvido, y nada más, fuera su pena : las generacio-

nes han condenado á la inmortalidad al fraile ó *el clérigo* sin nombre, la inmortalidad negra y desastrada de Anito y Melito, Mevio y Bavio; la inmortalidad de la envidia y la difamación, cosa nefanda que pesa eternamente sobre los perseguidores de los varones ínclitos, en quienes las virtudes van á un paso con la inteligencia. Yo sé que mi maestro no me diera *del asno ni del atrevido*; no me diera sino del cándido; y como lo respetuoso estuviera saltando á la vista, me alargara la mano para llenarme de consuelo, y aun de júbilo : de orgullo no, porque ni su aprobación me precipitara en el error de pensar que había yo compuesto una obra digna de él; y menos de soberbia, porque ella es el abismo donde suele desaparecer hasta el mérito verdadero.

La rivalidad nunca es inocente : cómplice del odio, trae en su seno la envidia, negro fruto de un crimen. El hombre en quien está obrando esa flaqueza siente hervir su pensamiento en ideas locas, su corazón en afectos insanos. La rivalidad propende á la ruina del objeto que la excita; la muerte es la resolución más brillante de ese problema tenebroso. No rivalizamos con alguien sino porque tenemos entendido que ese nos disputa nuestro bien y menoscaba nuestra dicha : juzgándole así tan adverso á nuestros fines, natural es que las afecciones que van de nosotros á él no sean de las más santas. En amor, el rival es enemigo temible : trata de ponerse entre el ser adorado y el adorador, y éste hace lo posible para allanar el camino de su felicidad : celos, cólera, venganza, cuanto hay malo en el corazón humano, todo trae consigo esa situación de dos personas que se combaten de mil modos á causa de una

tercera. Donde cabe la rivalidad no hay lugar para la virtud : de ella proceden mil desgracias, y aun pueden nacer delitos.

Dos personas que se juzgan dotadas de prendas, medios, facultades iguales, pueden entrar en competencia : ésta es muchas veces un noble esfuerzo, que ejercitándose sin perjuicio de nadie, nos guía al mejoramiento de nosotros mismos. No podemos rivalizar con uno sin aborrecerle; competimos con otro al paso que le admiramos, pues justamente nuestro ahinco se cifra en igualarle ó superarle en cosa buena ó grande. El prurito de la competencia se halla puesto entre las virtudes y los vicios : propende por la mayor parte á las primeras; cuando se recuesta á los segundos, bastardea, y viene á ser defecto. La emulación no corre este peligro : emulación es siempre ahinco por imitar los hechos de un hombre superior : éste sirve de modelo al que emula sus acciones, y tanto el uno como el otro han de experimentar dentro de sí el sublime impulso que mueve á las cosas grandes .

Al rival de Cervantes le condenará siempre su malicia; el competidor de ese raro ingenio aun no ha nacido; su émulo, puede salir mal y merecer el aprecio de sus admiradores. Éstos redujeron á cenizas el *Quijote* de Avellaneda : castigaron al rival desatento, no al competidor juicioso, y menos al émulo modesto. Ocurre que el émulo puede ser modesto, al paso que en el competidor obra quizá el orgullo. La rivalidad vive de soberbia. Si no todo es humilde en la emulación, convendrá no olvidemos que la arrogancia envuelve muchas veces cosas que á poco hacer se llama-

rán virtudes. Preguntado Alejandro, niño aún, si quería disputar el piez de la victoria, respondió que sí, puesto que se lo disputase á reyes. Berni, rehaciendo por completo el poema de Boyardo, entró á la parte en la inmortalidad con el divino cantor de Orlando. El buen éxito justifica los mayores atrevimientos, y aun los convierte en osadías dignas de alabanza. El Castor de España está solo tres siglos ha : ¿cuándo nacerá su hermano? Ya sabéis que Leda tuvo dos hijos. La compañía á partir de gloria es tan difícil, que los hombres no la hacen sino de tarde en tarde.

Don Diego de Saavedra, en su *República literaria*, dice que el *Quijote* es un ara á la cual no podemos llegar sin mucho respeto y reverencia. ¡Santo Dios! ¿quién es el que á esa ara se ha llegado? ¿es un impío que hace por turbar los misterios de una religión profunda? ¿un fanático que va á depositar en ella la ofrenda de sus exageraciones? ¿un sacerdote impuro que en la audacia de la embriaguez no teme ofender al dios del tabernáculo? No es nada de esto : es un creyente humilde : entra en el templo y se prosterna. Si de algún modo lo profana, echadle fuera.

¡Oh locura, más para compadecida que para execrada! ¿Lo que no les fué dable á los mayores ingenios españoles ha de alcanzar un semi-bárbaro del Nuevo Mundo? Sírvale de excusa la ignorancia, abónele el atrevimiento, que suele ser prenda ó vicio inherente al hombre poco civilizado. Guillén de Castro, don Pedro Calderón de la Barca, Gómez Labrador y otros escritores de primera línea han salido mal en el empeño de imitar á Cervantes. Meléndez

Valdés acometió á componer un Don Quijote que se mostrase en el escenario cuán alto y airoso lo imaginó Cervantes. Meléndez, *el poeta insigne*, se quedó tan atrás, que su nombre solamente pudo preservarle de la mofa : la rechiffa estaba en el disparador; mas sus compatriotas repararon en que hacer fisga de Batilio sería delito de lesa poesía : el silencio fué un homenaje al poeta; de la obra se juzgó mal; oíd sino el juicio de Moratín : « La figura del ingenioso hidalgo, dice, siempre pierde, cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve á repetirla ». « Meléndez tropezó, añade por su cuenta don Diego Clemencín, con el escollo que siempre ofrecerá el mérito de Cervantes á los que se pongan en el caso de que se les mida con el príncipe de nuestros ingenios ». Batilio, el dulce Batilio, ¿qué entendía de achaque de aventuras caballerescas? Uno es andarse por jardines y sotos cogiendo florecillas, otro ir por montes y valles tras el caballero armipotente en cuya jurisdicción entra todo lo difícil de acometer y duro de ejecutar. Ovejas apacibles que sestean á la sombra de las hayas; tórtolas gemebundas sepultadas en la frondosidad de los cerezos; ruiseñores que de cada mirto hacen una caja de música divina; arroyuelos vivaces que van saltando por los guijos de su lecho, y otras de éstas, eran el asunto de Meléndez. El historiador de Don Quijote, Aquiles de la risa, había menester un estro más robusto. La lira es para las náyades de las fuentes, los silfos de los prados : las aventuras de un paladín que persigue follones, destruye malandrines, arremete endriagos, se toma con diez gigantes y les corta la cabeza, requieren la trompa de Benengeli.

¿Cuál es el secreto de este hombre singular, no sospe-

chado hasta ahora ni por los más perspicaces adivinos? ¿Qué numen invisible movía esa pluma de Fénix, pluma sabia, inmortal? ¿Qué espíritu prodigioso excitaba esa inteligencia, enajenándola hasta el frenesí de la alegría con la cual enloquece á su vez á los lectores? Virgilio imita á Homero, el Tasso á Virgilio, Milton al Tasso : Cervantes no ha tenido hasta ahora quien le imite : con él los gigantes son pigmeos : la pirámide de Cheops verá siempre para abajo todos los monumentos que los hombres levanten á sus trinufos. Ya un crítico admiró el ingenio que, con un loco y un tonto, había llenado el mundo de su fama. Otro no habrá que haga lo mismo, y menos con loco y tonto ajenos. Si por maravilla á alguien le ocurriese lo que á Berni con Boyardo, serían esos otros hijos de Leda. Pero ya lo dijo Martínez de la Rosa : « Sólo á Cervantes le fué concedido animar á Don Quijote y á Sancho, enviarlos en busca de aventuras y hacerlos hablar : su lengua no puede traducirse ni contrahacerse : es original, única, inimitable ».

Al que sabiendo estas cosas se arroja á tomar el propio asunto que Cide Hamete Benengeli, se le descomponen la cabeza; y sería punto de averiguación, si éste lleva en su ánimo competir con el más raro de los grandes escritores, ó tuvo al componer su libro un propósito laudable que contrarrestase de algún modo tan desmedido atrevimiento. Sus convidados no paladearán, sin duda, los manjares de los dioses, ni gozarán de esa inhebración celestial con que la pura Hebe redobla la alegría de los inmortales; mas si echan de ver que el suyo es un banquete de Escotillo, ténganle por impostor y cóbrenle con las setenas. Los fieros de Don Quijote cuando habla airado; los supiros de su pecho si

recuerda sus amores; acciones y palabras del famoso caballero, grandes las unas, sublimes las otras, aire fuera todo sin la sustancia fina que corre al fondo y se deposita en un lugar sagrado cual precioso sedimento. Equidad, probidad, generosidad, largueza, honra, valor son granos de oro que descienden por entre las sandeces del gran loco, y van á crecer el caudal de las virtudes. Ni Don Quijote es ridículo, ni Sancho bellaco, sin que de la ridiculez el uno y la bellaquería del otro resulte algún provecho general. Los filósofos encarnan sus ideas en expresiones severas, é inculcan en nosotros sus principios con modos de decir que nos convencen gravemente. Esto, por lo que tiene de fácil, cualquiera lo hace, si el cualquiera es uno que disfruta lo de Platón y Montaigne : ocultar un pensamiento superior debajo de una trivialidad; sostener una proposición atrevida en forma de perogrullada; aludir á cosas grandes como quien habla de paso; llevar adelante una obra seria y profunda chanceando y riendo sin cesar, empresa es de Cervantes. La alegría le sirve de girándula, y las imágenes saltan de su ingenio y juegan en el aire con seductora variedad. El *Quijote* es como el cesto de flores de Cleopatra en cuyas olorosas profundidades viene escondido el agente de la muerte; con esta diferencia, que debajo del montón de flores de Cervantes está oculto el áspid sagrado, ese que pica solamente á los perversos.

Una obra que no tuviese objeto sino el de hacer reir, nunca habría removido el temperamento casi melancólico del que está trazando estos renglones. ¿Habló por hacer reir? Si éste fuera su temor, diera con sus papeles en el fuego, y se entrara por los montes en busca de una fuente

milagrosa donde se lavase la mano que tal había escrito. Pero ha compuesto un curso de moral, bien creído lo tiene; y, seguro de su buen propósito, la duda no le zozobra sino en orden al desempeño. El desempeño, medianísimo será; mas no puede esta aprensión tanto con él, que deje de dar á luz lo que ha puesto por escrito. Entre la bajeza y la arrogancia, el abatimiento y la soberbia andamos de continuo buscando á un lado y á otro lo que más cumple al servicio de nuestra vanidad : en la ocasión presente, Dios sabe si es grande el temor que ese abriga de parecer loco él mismo con haber tomado sobre sí dar nuevo aliento al sabio loco, admiración del mundo.

Nuestra esperanza era perdida, si este libro estuviera á leer en manos de enemigos solamente; pues sucede que aun con nuestros amigos no estamos en gracia, sino en cuanto nos reconocemos inferiores á ellos y confesamos nuestra inferioridad : la subordinación nos salva de su aborrecimiento. Mas quizá nos lean también hombres benignos, que remitiéndonos la osadía, no hagan mérito sino del estudio que para semejante obra ha sido necesario; y mirando las cosas en justicia, nos examinen, sino con respeto, siquiera con benevolencia. Muchos habrá que tengan en poco estos capítulos sin haberlos leído : esto nos causa desde ahora menos pesadumbre que si jueces competentes y enterados del caso nos condenaran al olvido. Admira en ocasiones ver cuán de poco son los que dan un corte en las mayores dificultades; pero causa más admiración aun que los areopagitas saquen bien al que acomete una empresa mayor que su poder. No á la ojeriza de los envidiosos, pero al escaso mérito del escritor se debe las

más veces su mal éxito : la virtud de las cosas está en ellas mismas, no en la opinión de los que juzgan de ellas : las buenas prevalecen, las sublimes quedan inmortales. No hemos de temer la rechifla de los incipientes, mas aun el silencio de los doctos; no la furia de los censores de mala fe, sino la desdeñosa mansedumbre de los jueces rectos. El aura popular es muchas veces vientecillo que sale de la nada y corre ciego : reputaciones hay como hijos de la piedra; no sabe uno quien las ha hecho; pero semejan esos gigantes soberbios que suelen figurar las nubes, erguidos é insolentes mientras no corren por ahí los vientos. Ignorantes sabios, tontos de inteligencia, guardamateriales ilustres, en todas partes vemos : no tienen ellos la culpa : el vulgo es con frecuencia perverso distribuidor de fama, que no sabe á quien eleva ni á quien deprime. Foción se tiene por perdido al oírse aplaudir por la gente del pueblo : el *consensum eruditorum* de Quintiliano sanciona las obras de los ingenios eminentes, y los señala para la inmortalidad.

Si fué el ánimo de ese hombre, dirán buenos y malos, componer un curso de moral, según que él mismo lo insinúa, ¿cómo vino á suceder que prefriese la manera más difícil? ¿Puede él tomar á Don Quijote en las manos sin que se desperfeccione la figura más rara, delicada, original y graciosa que nunca ha imaginado ingenio humano? ¿Y qué será el Sancho Panza salido de esa pluma, la cual si no es de avestruz, no es sin duda la maravillosa que Cervantes arrancó al ave Fénix, y tajada y aguzada por un divino artista, le acomodó éste entre sus dedos maestros? Plugiese al cielo que tan lejos nos hallásemos de Avella-

neda, como debemos de hallarnos de Cervantes. Por lo menos es verdad que si no ha sido nuestro el levantarnos á la altura del segundo, no hemos descendido á la bajeza del primero. « Los más torpes adulterios y homicidios, dice Bowle, hacen el sujeto de dos cuentos sin ningún propósito ni moral en este libro » (el de Avellaneda). Adulterios y homicidios, ; gran asunto para enseñar deleitando, y oponerse á los vicios que en diarias irrupciones devastan el imperio de las buenas costumbres ! ¿Quién ha de temer dar al mundo los propios motivos de reprobación que ese fraile desventurado? Lo que sí nos infunde temor es el convencimiento de que aproximarse á modelo como Cervantes, no le será dable sino á otro hijo predilecto de la naturaleza, á quien esta buena madre conciba del dios de la alegría en una noche de enajenamiento celestial.

Tómese nuestra obrita por lo que es, — un ensayo, bien así en la sustancia como en la forma, bien así el estilo como el lenguaje. ; El lenguaje ! Nadie ha podido imitar el de Cervantes ni en España, ¿y no es bueno que un americano se ponga á contrahacerlo? ; Bonito es el hijo de los Andes para quedar airoso en lo mismo que salieron por el albañal ingenios como Calderón y Meléndez ! La naturaleza prodiga al semi-bárbaro ciertos bienes que al hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan á los envejecidos en la ciencia y la cultura. El espectáculo de las montañas que corren á lo largo del horizonte, y obscurecen la bóveda celeste haciendo sombra para arriba; los nevados estupendos que se levantan en la Cordillera, de trecho en trecho, cual for-

tificaciones inquebrantables erigidas allí por el Omnipotente contra los asaltos de algunos gigantes de otros mundos enemigos de la tierra : el firmamento en cuyo centro resplandece el sol desembozado, majestuoso, grande como rey de los astros : las estrellas encendidas en medio de esa profunda pero amable obscuridad que sirve de libro donde se estampa en luminosos caracteres la poesía de la noche : los páramos altísimos donde arrecian los vientos gimiendo entre la paja cual demonios enfurecidos : los ríos que se abren paso por entre rocas zahareñas, y despedazándose en los infiernos de sus cauces, rugen y crujen y hacen temblar los montes; estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuentes donde hierve la poesía que endiosa á las razas que nacen para lo grande. El pecho de un bárbaro dotado de inteligencia inculta, pero fuerte; de sensibilidad tempestuosa, es como el océano en cuyas entrañas se mueven descompasadamente y se agitan en desorden esos monstruos que temen al sol y huyen de él, porque su elemento es otro obscuro y frío

La época del arte es la de la madurez de las naciones, dado que arte es el conjunto armónico de los conocimientos humanos recogidos en un punto y componiendo obras maestras, bien como los rayos de luz forman el fuego en los espejos ustorios. El poeta no ha menester otra sabiduría que la natural. Sabiduría natural es la idea que tenemos del Hacedor del mundo y sus portentos visibles é invisibles; la sensibilidad, que embebiéndose en un objeto, da nacimiento al amor; la facultad de gozar de las bellezas físicas y morales, y de ver por detrás de

ellas el principio creador de las cosas; la tendencia á la contemplación, cuando, engolfados en una vasta soledad, clavamos los ojos y el pensamiento en la bóveda celeste; la correlación inexplicable con los seres incorpóreos que andamos buscando en el espacio, las nubes, los astros; el cariño inocente que nos infunden las estrellas que resplandecen y palpitan en la alta obscuridad, cual serafines recién nacidos á quienes el Sacerdote del universo da el bautismo de la bienaventuranza eterna; éstas y muchas otras componen la ciencia de los que no saben aun la aprendida en la escuela de una larga civilización. Bien así en el individuo como en la sociedad humana en general, la mañana de la vida es la fresca, alegre, poética: al poeta siempre nos le figuramos joven y hermoso: el Víctor Hugo de las *Odas y Baladas*, el de las *Orientales*, el de las *Hojas de Otoño*, con sangre hirviente, espíritu impetuoso, mirada vencedora, ese es el poeta, mancebo feliz á quien las gracias preparan lecho de flores en los recodos encantados de los jardines de Adonis: la corona de mirto cae bien sobre esa frente que resplandece iluminada por las Musas, bella y pura representación de la poesía. Homero es viejo; nunca y nadie le ve joven; pero su estro no desdice de las canas venerables de ese anciano maravilloso. Júpiter requiere un cantor que infunda más respeto que cariño, más admiración que benevolencia.

La novela es obra de arte. Para que sea buena, el artista ha de ser consumado. Ni Goldsmith hubiera compuesto su *Vicario de Wakefield*, ni Fielding su *Jonatham de Wield*, ni Richardson su *Clara Harlowe*, ni Wálter Scott sus *Aguas de San Ronán* sin un profundo conocimiento del corazón

humano, las costumbres, los vicios, las miserias de sus semejantes; y para llegar á ese conocimiento, que de suyo es una sabiduría, tiempo y observación necesitaron, á más de aquella malicia sutil y bienhechora con que algunos ingenios nacen agraciados, la cual sirve para herir en lo vicios y curar las llagas muchas y muy grandes que afean á la sociedad humana. Un ignorante pudiera hacer quizá un buen trozo de poesía lírica, si le suponemos poseído del furor divino, esa llama que prenden las Hijas del Parnaso animando el verde mirto con su soplo milagroso. Mas será para él cosa imposible idear y poner en ejecución una epopeya, una tragedia, ó una novela, ramos de las humanidades que requieren estudios, sobre las disposiciones naturales del escritor. No supo lo que se dijo el que llamó *ingenio lego* á Cervantes: á más de lo que tuvo de aprendido, poseyó éste la ciencia infusa con que Dios suele aventajar á los entendimientos de primer orden; esa ciencia que no hace sino indicar lo que dos ó tres siglos después ha de ser descubierto, y propone en forma de sospecha lo que brilla como verdad en el centro del porvenir. El *Quijote* no es obra de simple inspiración, como puede serlo una oda; es obra de arte, de las mayores y más difíciles que jamás han llevado á cima ingenios grandes.

Tienen de particular las obras maestras que cuando uno las lee, piensa que él mismo pudiera haberlas imaginado y compuesto: ¡son tan cumplidas en naturalidad y llaneza! Hanos sucedido experimentar uno como dolor absurdo de que Chateaubriand se nos hubiese anticipado en *Chactas y Atala*. Traidor: así es como esos ambiciosos nos frustran nuestras glorias. ¿Qué mozalbeta presumido

de literato no piensa que él hubiera muy bien compuesto esa novelilla? Eche mano á la pluma de René, y verá sino pesa tanto como el martillo de un Cíclope. Los gigantes labran con mucha holgura esas piezas con que los dioses atan contra las rocas del Cáucaso á los insolentes; los hombres comunes no alcanzan sino lo que dice con lo exiguo de sus fuerzas y su infeliz habilidad. ¿Y cabalmente por eso hemos tomado sobre nosotros obra que tiene por título : « Capítulos que se le olvidaron á Cervantes »? Si á estotro ladrón del fuego sagrado le hacen el honor de castigarle, que sea con las cadenas de Prometeo : esas con que las Gracias prendieron y aherrojaron al malicioso hijo de Venus, serán buenas para este atrevidillo : un provocador de más de la marca requiere el buitre inmortal, que aleteando sobre él de siglo á siglo se regale en sus entrañas. Entre la furia y el desprecio, la eternidad de la pena y el olvido, si uno tiene sangre en el ojo, se quedará á lo cruel. No hay cosa más dura que la suavidad de la indiferencia.

No es raro que en orden á los hombres poco comunes los juicios de los otros difieran hasta el extremo de constituir opiniones encontradas. Para unos, Cervantes era *ingenio lego*, esto es, carecía de los conocimientos sin los cuales no puede haber gran escritor; para otros, el epitafio del Albusense, puesto sobre su losa, hubiera sido mezuquino de justicia y alabanza :

« *Aquí yace el que supo cuanto se puede saber.* »

Exceso de admiración, ó atrevimiento por ventura, pues á nadie le ha sido dado hasta ahora imaginar siquiera

cuánto puede saber el hombre, menos aun verse privilegiado con la sabiduría que alcanzará cuando á fuerza de siglos, experiencia, padecimientos llegue á su perfectibilidad el género humano; y esto, si algún día viene á perfeccionarse en términos que vea rostro á rostro al Incógnito que nos oculta en su seno las luces por las cuales andamos suspirando en estas aspiraciones honoríficas con que nos dignificamos cuando nos tenemos por superiores á nosotros mismos.

Cervantes fué astrólogo judiciario : los secretos de los astros le eran conocidos; el porvenir se le descubría en la bóveda celeste estampado en signos portentosos. Por lo que tuvo de hechicero, pudiera muy bien haber servido de miga á un auto de fe : por lo de brujo, no hubiera hecho mala figura en los conventículos de Zugarramurdi.

Fué jurisculto : los Aruncios y Eserninos, los Antistios y Capitones no conocieron más á lo grande esta gran ciencia de las leyes que enseña é impone la justicia á los hombres.

Fué médico : de esos que toman en la mano la naturaleza palpitante, en sus convulsiones echan de ver los males que nos aquejan, y guiados por nuestros ayes, van á dar con el remedio en las entrañas de la sabiduría.

Fué poeta : peregrino venerable, subió al Parnaso, se alojó en la morada de las Musas, y tuvo relaciones misteriosas con los genios de esa montaña santa. Los dioses se hospedaron en casa de Sófocles : aquí es al contrario; un hombre llega á la mansión de los inmortales.

Fué teólogo : florezca en tiempo de los Santos Padres, y el obispo de Hipona no se llevara la palma, así, con tanta holgura, como si para él no pudieran nacer competidores.

Fué músico : la flauta encantada de Anfión no conmovía tanto el alma de los árboles y las piedras, ni las entonaciones guerreras de Antigenides despertaban más furor en Alejandro.

Fué cocinero : en la sociedad culinaria de Cleopatra hubiera sido presidente á votos conformes : nadie mejor que él guisa y dispone los raros pajarillos de que gustan los Tolomeos.

Fué sastre, gran sastre, digno de un imperio : las calzas de Don Quijote se muestran allí acreditando que nadie más que él estuvo en los secretos de la noble indumentaria. Si Apolo usase jubón y herreruelo, ¿á quién sino á Cervantes se dirigiría?

¿Qué otra cosa fué el autor del *Quijote*?

*Hic stupor est mundi.*

¡Dios de bondad ! para ser uno de los más peregrinos, más admirables escritores, no hubo menester esa sabiduría universal con que algunos le enriquecen desmedidamente, dadivosos de lo que á ellos mismos les falta. ¿En dónde, cuándo estudió tanto? ¿supo de inspiración todas las cosas? Los ingenios de primera línea tienen una como ciencia infusa que está brotando á la continua de la inteligencia. Los filósofos antiguos pensaban que el espíritu profético lo bebían algunos hombres privilegiados en ciertos vapores sutiles que la madre tierra echa de sí en sus horas de pureza, fecundada por los rayos del sol : de este modo hay una ciencia que estudian los individuos extraordinarios, no en aulas, no en universidades, sino en el gran libro de la naturaleza, cuyos caracteres, invisibles

para los simples mortales, están patentes á los ojos de esos semidioses que llamamos genios. Cervantes había estudiado poco, y supo algo de todo : empero la perspicacia anexa á entendimientos como el suyo le conciliaba aptitud para decir verdades que no tenía averiguadas, para sentar principios que no son sino cosas problemáticas para los que no se fijan en ellos con esa intensidad y fuerza á las cuales no resiste lo desconocido. Realmente admira verle aplicar á un loco un método medicinal no descubierto aún, y con todas las reglas un científico. ¿Hanneman, inventor de la homeopatía, no supo que un español mayor que él con doscientos años, si no escribió de propósito acerca de su gran sistema, lo ensayó con buen éxito, y de este modo lo dejó planteado? Uno de los comentadores más prolijos de Cervantes, don Vicente de los Ríos, pretende que la enfermedad de Don Quijote, descrita por él, compone un curso completo del mal de la locura; si bien ninguno de sus biógrafos ha descubierto que el soldado de Lepanto hubiese sido nunca médico ó *físico sabidor*. Da entrada á su admiración el dicho don Vicente con reparar en los años del hidalgo argamasillesco, el cual, según sabemos todos, frisaba con los cincuenta; año climatérico, dice, muy ocasionado á la demencia. En esto no ajusta su parecer con el de cierta amable loca, quien, por la sustancia de su expresión, debe pasar por autoridad en la materia. Visitando un día el zar de Rusia el hospital de la Salpêtriére en París : « Bobas mías, les dijo á unas loquitas jóvenes que le rodeaban; ¿hay muchas locas de amor entre las francesas? » La más achispada respondió en un pronto : « Desde que vuestra majestad está en Francia, muchas, señor ».

Ahora, pues, el amor es achaque de la juventud, enfermedad florida á cuyo influjo se abren las rosas del corazón y dan de sí esas emanaciones gratísimas que nos hacen columbrar los olores del cielo. Las estadísticas de los hospicios de dementes en las grandes ciudades señalan como principal el número de los locos de amor, en uno y otro sexo, prevaleciendo el femenino. ¿Provendrá esto de que las mujeres reciben más desengaños, devoran más afrentas y pesadumbres, y en ellas *la caída* viene siempre en junta del deshonor y la vergüenza? ¿Ó ya su delicada fibra, su corazón compuesto de telas finísimas no resisten al ímpetu de los dolores que corren cual vientos enfurecidos en ciertos períodos de la vida? Dicen que la mujer posee en grado eminente la virtud del sufrimiento, y resiste mucho más que el hombre á la cuitas del alma; y con todo, es cosa bien averiguada que por quince locos habrá veinte locas de amor. Es porque ellas no hurtan el cuello al yugo de ese tirano hermoso, y suspirando de día y de noche, arrojando ayes por su suerte, se dejan ir de buen grado con la corriente de sus males, sin que en ningún tiempo sean muchas las que intenten el salto de Leucadia. Aman al Amor, aman al Dolor, y, felices ó desgraciadas, cumplen con su destino, que es morir amando, aun en la *Salpêtrière*. Los cincuenta años de edad no son, pues, necesarios para la locura, si bien al amante de Dulcinea no le trabucaron el juicio amores sino armas andantes, caballerías en las cuales entraban por mucho, es cierto, del corazón las turbulencias.

No serán pocas las ventajas de Cervantes que estén fundadas puramente en la vanidad de sus compatriotas;

sus méritos reales son muchos y muy grandes, para que su gloria tenga necesidad de ilusiones que en resumidas cuentas no forman sino una sabiduría fantástica. Erigirle estatuas como á gran médico, verbigracia, allá se va con levantar una pirámide conmemorativa de sus descubrimientos astronómicos. Hipócrates quebranta su gravedad con una sonrisa, y Mercurio frunce el entrecejo.

## CAPÍTULO V

Cervantes alcanzó conocimientos generales en muchos ramos del saber humano; que pueda llamarse sabio particularmente en alguno de ellos, no dejará de ser dudoso. Su ciencia fué la escritura; su instrumento esa pluma ganada en tierra de Pancaya luchando con los mayores ingenios por los despejos del Fénix.

Un tal don Valentín Foronda, al contrario de don Vicente de los Ríos, quiere que Cervantes no hubiese conocido ni la lengua en que escribió. Atildando á cada paso las ideas y maneras de decir del gran autor, se pasa de entendido y censura en él hasta los cortes y modos más elegantes de nuestra habla. «El tal Foronda, dice Clemen-cin, entendía muy poco de lengua castellana, y parece haber escrito sus *Observaciones* más contra el *Quijote* que sobre el *Quijote*.» Y Don Valentín no es el único de los españoles empeñados en traer á menos á su insigne compatriota; pues sale por allí un don Agustín Montiano atri-

buyendo la nombradía de Cervantes á que anda muy desvalido el buen gusto, y la ignorancia de bando mayor. Empresa tanto más bastarda la de estos seudo humanistas, cuanto que los demás pueblos por nada quieren acordarse de otro grande hombre que de Cervantes en España; y van á más y dicen que esta nación no tiene sino ese representante del género humano en el congreso de inmortales que la fama está reuniendo de continuo en el cenáculo del Tiempo. Italia, maestra de las naciones modernas, se gloria de muchos varones perillustres, de esos que, descollando sobre presentes y venideros, prevalecen en el campo de la gloria á lo largo de los siglos. Dante, Petrarca, el Ariosto el Tasso en poesía : Miguel Ángel, Rafael en buenas artes : Maquiavelo en política, son figuras gigantescas cuya sombra se extiende por el porvenir, cuyo resplandor alumbra las futuras generaciones. Italia posee cuatro épicos, cuando los otros pueblos no tienen ni uno solo. Portugal ha dado de sí ese gran mendigo que se llama Camoens; fuera de él, no hay en Europa hombres de talla extraordinaria. Milton es un imitador, y á pesar de Chateaubriand, no se hombrará jamás con los grandes poetas antiguos. Pero Inglaterra se halla resarcida y satisfecha con su Shakespeare, ese genio misterioso que no sabemos de donde ha salido, el cual, conmoviendo el mundo con las pasiones de su corazón, funda esta cosa nueva, compuesta, romántica que denominamos el *drama moderno*. Tiene su Pope, bardo moralista y filósofo : tiene su Byron, el poeta de las tinieblas, que resplandece como Luzbel en el acto de estar rebelándose contra el Todopoderoso : tiene su Burke, su Chatham, oradores á la antigua, suerte de Cicerones y Demóstenes que recuerdan los grandes tiempos de Atenas y Roma.

Francia no es para menos : Corneille, Racine y Molière volverían inmortal ellos solos el mundo, no digamos su patria. Montesquieu, resumen de la sabiduría : Voltaire, enciclopedia viviente.

Alemania, en cierto modo, es pueblo nuevo en las humanidades. De ingenios de primer orden, de esas antorchas altísimas que se hallan á la vista de todas las naciones, tiene tres : Goethe, Schiller y Klopstock. El doctor Fausto es muy antiguo; pero esa sabiduría proveniente del tráfico tenebroso de Mefistófeles, se fué en el humo de las vetustas selvas de la Germania : los abominables gnomos que las frecuentaban son hoy blandos silfos que revolotean por los jardines de la civilización moderna. Humboldt alza la cabeza y me mira con uno como asombro amenazante. Con él no cabe olvido : fué más bien necesidad de darle puesto separado, como á quien no está en su lugar ni aun entre grandes.

Al panteón de los inmortales no suelen traer los escritores sino á Cervantes, de parte de España; Cervantes, su única gloria, dicen, particularmente los franceses. Schlegel, á título de sabio, no ignora que España ha producido también un Calderón; y este buen clérigo entra como poeta de alto coturno en la crítica de ese soberano repartidor de la gloria. Mas á poco que leamos á Feijoo, habremos de dar la palma á su querida Iberia, esa vieja Sibila de cuyas advertencias no se aprovecha el mundo, porque á fuerza de incredulidad le obliga á echar sus libros al fuego. No pocos hay en ella de esos pequeños grandes hombres de cuya reputación están henchidos los ámbitos de la patria; mas uno es Cervantes, y otro Lope de Vega. Éste es gloria

nacional, ese gloria universal : con el uno se honra un pueblo, con el otro el género humano.

Miren el ignorante... Y cómo se proposa el atrevido, exclama por ahí algún buen chapetón celoso de las patrias glorias : ño sabiendo que España cuenta un Guillén de Castro, un Alarcón, un Quevedo, ¿cómo se atreve á dar puntada en esto que llamamos buenas letras? Si por el verso, allí están los Argensolas, los Ercillas, los Riojas, los Herreras, los Garcilasos; ¡ oiga usted ! los Garcilasos... Si por la prosa, los Hurtados de Mendoza, los Fuenmayor, los Marianas, los Granadas, los Jovellanos. Desde el Arcipreste de Hita, ninguna nación más aventajada en ingenios poéticos; y desde el infante Juan Manuel, ninguna más fecunda en prosistas de primera clase. ¿Y ahora viene este bárbaro instruídillo á poner el de España después de otros asientos en el consistorio de los grandes hombres? ¿Ignora, sin duda, que Ruiz Díaz hizo pedazos de un puntapié el sillón de marfil del embajador de su majestad cristianísima, con decir que á nadie le tocaba la precedencia donde se hallaba el del rey su señor? Envaine usted, señor Carranza: no digo yo que España sea más pobre que otra ninguna en varones de pro y loa. ¿Cómo lo he de decir, cuando sabemos todos desde Paulo Mérua, que es la nación donde los ingenios son felices? Digo solamente que uno es ser hombre distinguido, y otro ser grande hombre, de esos que el mundo consagra en el templo de la Inmortalidad, é imprime en ellos el carácter que los vuelve sacerdotes de la inteligencia. No se me oculta que el *Cid* de Guillén de Castro fué la vena que el insigne trágico francés picó para su obra maestra. *Voiture*, *Molière*, *Lafontaine* beneficia-

ron las ricas minas de Quevedo, Alarcón, el conde Lucanor; y con elementos ajenos han hecho las preseas con que resplandece la literatura moderna. El metal ha salido de España; el arte, el primor los han puesto los franceses. Entre los unos, los grandes ingenios han llegado á ser de renombre universal; entre los otros, su gloria respeta los términos de la Nación. Injusticia será del mundo, pero es así. *Dura lex, sed lex.*

Cervantes ha superado los obstáculos que los dioses y los hombres oponen á los que intentan pasar á la inmortalidad : después de dos siglos de luchar desde la tumba con la indiferencia de los vivos, prevalece, y el mundo le proclama dueño de una de las mayores inteligencias que ha producido el género humano. La Sagrada Escritura, la *Iliada*, la *Eneida*, ¿cuál, en el mismo espacio de tiempo, ha sido más repetida y traducida que el *Quijote*? Por poco que uno sepa entenderse con la pluma, ya le vierten al inglés ai francés, no hay Perogrullo que no se haga traducir. En Alemania hay sabios que estudian á los ignorantes, hombres de talento que analizan á los tontos. Los italianos son grandes traductores; todo lo traducen : está bien.

Que nos traduzcan al griego, al latín, esas lenguas muertas, difuntos sabios que yacen amajestados con el polvo de veinte siglos, esto ya puede excitar nuestra vanidad. Don Quijote anda en ruso : el edicto de Pedro el Grande sobre que se rasuren todos cuantos son sus vasallos, no le alcanza á las barbas moscovitas con que se pandea en su viaje de Moscovia á San Petersburgo.

Anda en sueco, en danés : la antigua Escandinavia no